

LA TOPONIMIA APÍCOLA: EL OTRO LENGUAJE DE LAS ABEJAS.



Conferencia, Casa de Cultura.
Pola de Lena, otoño-92, seronda.

Xulio Concepción Suárez.

1. ANOTACIÓN PREVIA:

Se ha investigado bastante en torno a ese interesante conjunto de símbolos, gestos y movimientos que permiten la comunicación entre unas abejas y otras, dentro y fuera de las colmenas. Un lenguaje más al lado de tantos (humanos y animales, verbales y no-verbales) que enriquecen el entorno ecológico de los montes, los caseríos, los pueblos y las ciudades de las distintas regiones, en esa llamada (o mal-llamada) comunicación actual (incomunicación, paradójicamente, en otros aspectos).

Pero se ha investigado poco sobre ese otro no menos interesante conjunto de palabras que salpican los montes, los mapas, y sobre todo el recuerdo de los mayores... Es el lenguaje toponímico del suelo, que recoge la paciente laboriosidad de las abejas, en este caso, aprovechada por los habitantes de los pueblos, desde tiempos remotos hasta estos mismos días: palabras en torno a la miel, las abejas, las colmenas, la cera, los truébanos, los arnos..., sin más diferencias de lengua en lengua que la evolución fonética o las raíces léxicas en cada idioma.

El concejo de Lena, lo mismo que los vecinos de Aller, Quirós, Mieres..., y tantos otros del conjunto asturiano, mantienen hoy todavía abundantes nombres por los pueblos, que aluden a las actividades de antaño en torno a las abejas. Los aficionados a la familiaridad con las abejas podrán cosechar unos cuantos, a poco que se fijen en los lugares que pisan o escuchan de los mayores en la artesanía de la apicultura.

En consecuencia, no es casual que se vuelva a reavivar en esta zona lenense el interés por el cuidado de las abejas: los nuevos proyectos y técnicas avanzadas para el aprovechamiento de la miel y de la cera, pueden suponer una etapa más en esa pequeña o larga historia de esta primitiva cultura artesanal. La toponimia, los nombres del suelo, pueden

enseñar en parte la extensión de la apicultura en el espacio y en el tiempo, dentro y fuera de Asturias, como veremos.

2. LAS ABEYAS.

Resulta, por ello, sugestivo comprobar que lugares hoy tan abandonados en el matorral como Tar d'Abeyas en Zurea, Tar Abechal en Eros, Corna Beyón en Teyeo, Peña Miel en La Foz, La Melera en Felechosa..., etc., tienen paralelos mejor recogidos en otras lenguas, por lo que incluso aparecen en los mapas y señales de carretera, escritas en sus correspondientes formas regionales.

En Cataluña, por ejemplo, se encuentran L'Abellar, Els Abellars, Abellás, Abellarets, Pont d'Abella..., y entre ellos Les Abelles, que podríamos firmar de marca asturiana. Y con la misma base apícola, tal vez en forma más antigua: Piera, Hostalets de Pierola...¹ (derivado del lat. apis, 'abeja', de donde también apicultura, 'cuidado, cría de las abejas', hoy de todos sabido).

Por comenzar por lo más inmediato, tenemos entre los pueblos de Lena:

- + Las Abeyas: sierros calizos, praos y peñascos bien solejeros sobre Naveo.
- + Tras d'Abeyas (que otros dicen Tar d'Abeyas, pues en realidad es 'detrás del lugar de las abeyas'): hoy son carbas y fincas, ya de matorral, sobre Zurea, entre La Pena Chago y El Abeneite.
- + Tar Abechal: cuevas bajo las tierras de Eros, sobre Renueva, como se ve también, con el sentido de 'detrás del lugar abechal, o de abejas, antes abeyas, y primero abechas.
- + L'Abeyera: en Eros también, y en Xomezana (en torno a las calizas de La Pena la Portiecha).
- + Pena Beyera: en Eros igualmente, lo que convierte este pequeño pueblo en una zona con abundantes nombres en torno a las abeyas, tal vez por la abundancia de rocas y calizas en todo el valle desde el río.
- + Les Abeyeres: fincas en Tablao, al otro lado de La Pena Chago, bajo los hayedos y fayotales del Mofusu (< tierras + abeyeres), según los plurales en -es de este valle).

¹ Amenós Roca. Etimología dels pobles..., p. 29.

+ Corna Beyún (Corna Beyón, según otros): saliente cónico rocoso bajo las peñas de La Tesa y junto a las fayas del Monte 'l Blime, en Teyeo (cuerno, saliente, cono, quentu de abeyas, según se observa desde el valle).

En fin, sin duda hay muchos más. Los pueblos de Lena, como tantos otros asturianos, mantienen una larga (y nunca mejor dicho dulce) tradición en torno a los cuidados, trabajos y gabelas de la miel² y de la cera (tal vez aquí esté también el origen de los apellidos Cera y de la Cera).

Ya en el siglo XVIII, el Catastro del Marqués de la Ensenada³ da una relación de unas 700 colmenas entre los pueblos del concejo, en Lena de Arriba (todo ello, en castellano, claro está, por tratarse de un estadista que hacía el recuento desde Castilla, para aumentar las contribuciones del rey; sin duda aquellos lenenses de entonces dejaron otras muchas sin declarar). Este catastro apuntó en los pueblos altos del concejo (en Lena de suso, que se decía antes):

- + 108, en Cabezón de Naveo;
- + 100, en Telledo;
- + 88, en Parana;
- + 45, en Congostinas;
- + 44, en Fierros;
- + 40, en Payares;
- + 39, en Zureda;
- + 39, en Jomezana;
- + 39, en Herías;
- + 30, en Tuíza;
- + 30, en Santa Marina de San Miguel del Río;
- + 24, en Tiós... etc.

² Julio Concepción Suárez. "Toponimia de las abeyas...", pp. 617 ss.

³ Catastro del Marqués de la Ensenada, lib. 366, fol. 451 .

A las que hay que añadir otras 810 en los pueblos bajos del concejo (en Lena de Yuso), como antes se decía: Muñón, Villa Yana...

Del arraigo y familiaridad de las abeyas en Lena queda, por ejemplo, el término abeyar, aplicado a una persona `que no para, que anda de un sitio para otro, entre indiscreto, alborotado y nervioso, como sin saber qué hacer, o buscando algo hasta dar con ello'. En el conjunto asturiano, es conocida la abeyera, abeyeira, abiyeira según las zonas: planta que algunos identifican sin más con la "melisa" o "yerba buena".

UN POCO DE HISTORIA.

Y es que la historia de la apicultura no es de ahora: se pierde bastante más allá de los libros, la dietética y la ecología más de moda. Efectivamente, según los fieles entusiastas de esta bien llamada y auténtica **cultura de las abejas**, hay testimonios históricos suficientes para afirmar que el hombre primitivo ya andaba cada seronda a la caza de la miel y de los truébanos.

Por ejemplo, se cita como testimonio una pintura rupestre descubierta en Valencia, perteneciente a la Edad de Piedra, "que representa a un hombre rodeado de abejas en el momento de extraer miel" del enjambre⁴. Se sabe, asimismo, que los egipcios practicaban incluso la apicultura pastoril: para ello, en la época adecuada trasladaban los enjambres del Bajo al Alto Egipto, donde las plantas florecían antes; por lo que bajaban ya en las primeras épocas del año ya con una cosecha de miel temprana. Las mismas pinturas egipcias muestran dibujos con abejas, panales y tarros, donde aparecen figuras humanas envasando la miel⁵.

En el mismo concejo de Lena y Aller quedan restos de estas culturas, por transformados y ruralizados que hayan llegado a nosotros, en formas hoy casi folclóricas. Es el caso del recurso a la escoba, la lata, la cencerra, las palmas y el famoso estribillo del "**posa querida, posa**", con que las muyeres lenenses y quirosanas recuerdan que se iba **aqueridando** a las abeyas; es decir haciendo que las abeyas se posaran en la sábana blanca y entraran en el nuevo truébano.

Esto, que parece un recurso muy poco artístico o científico, tiene un origen más sonoro en los datos que se tienen de los asirios para tratar

⁴ N. Ioirish. Las abejas..., p. 11.

⁵ N. Ioirish, op. cit. pp. 11 y 13.

.....
las abejas⁶ (pero de idénticos resultados: cazar las abeyas): los asirios tenían sonidos especiales para dominar un enjambre, de modo que eran capaces de hacer salir al enjambre de la colmena y lograr que volviera a entrar cuando querían⁷.

Ya en época romana, el poeta latino Virgilio (que según parece también fue apicultor) "indicaba que tocando los címbalos [pequeñas campanas] se podía hacer sentar a un enjambre de abejas cuando uno lo desease"⁸. Quién sabe si esto no ya sería pasarse.

En todo caso, sirvan estas notas del historia apícola para enraizar nuestra cultura asturiana sobre las abeyas con una muy larga tradición recogida por los arqueólogos e historiadores, bastante más allá de nuestros tiempos y de nuestros pueblos de montaña.

LOS NOMBRES DE LAS ABEJAS EN ÉSTA Y EN OTRAS REGIONES.

Esta más o menos larga historia de las abejas, como animales imprescindibles en las precarias economías familiares de los pueblos, no pudo menos de quedar escrita en aquellos lugares del terreno preferidos por los animalitos, o en aquellos otros acomodados para ellas por los aficionados que las seguían, e intentaban asegurar de un sitio a otro.

Algo así como ocurre en la actualidad: por razones que los actuales apicultores de Lena, por ejemplo, sabrán bien, hoy están colocando largas filas de colmenas en praos y rocas que nunca las tuvieron. Y el caso es que obtienen abundante miel: ello sería suficiente para denominar a ese prao o a esa roca el prau de las abeyas, la peña de las colmenas, etc., si no fuera porque ya tienen su nombre anterior. De esta manera tan natural, se fueron grabando los nombres sobre el terreno, y continuando en la memoria de abuelos a nietos.

Un proceso semejante ocurriría desde la antigüedad: la diferencia estaba entonces en que los lugares estaban sin nombrar todavía, por ello fueron quedando los primeros nombres que se les pusieron. En otros casos, los lugares ya se conocían con nombres arcaicos, pero fueron cambiados por culturas más fuertes que se iban superponiendo, intentando absorber (o anular) a las anteriores. Es lo que ocurrió, sobre todo, a la llegada de los romanos, siempre que pudieron hacerlo, claro

⁶ N. Ioirish, op. cit. p. 11.

⁷ N. Ioirish, ibid.

⁸ N. Ioirish, op. cit. p. 12.

está.

Los nombres de las abejas, como topónimos aplicados a lugares, son antiguos. Ya en el s. IX (873), se cita en los documentos una villa "que dicitur Bellaira", posiblemente con esa etimología apícola. Las zonas de montaña, con flora adecuada, debieron ser entorno ideal para las abejas desde siempre, como ocurre todavía hoy en los pueblos de zona leonesa, en Lugo, en Guadalajara, en los Pirineos españoles y franceses..., o en estos mismos montes lenenses.

Como queda señalado, las diferencias sólo son fonéticas, y así tenemos, en el lenguaje espontáneo de los asturianos según las zonas, una serie de pueblos y caseríos: Les Abeyes, en Mieres y Blimea; La Abeyera, en Pravia y Cangas del Narcea; Las Abeyeiras, también en Cangas; Abelleira, ya en El Franco occidental, en coincidencia evidente con lo que es general en la lengua gallega; Sierra Bechosa en Aller... Siirru Abechas, sobre Las Chanas, en Quirós. Y un Picu l' Abecha, entre Somiedo y Teverga, al parecer transformado en Picu la Vela.

Fuera de Asturias, se encuentran en toda Galicia abundantes lugares con el nombre de Abelleira, al lado de otros menos frecuentes como Abellas, Abellariza, Abelleiras, Abelleiro, Abelleiroá, La Abella; Punta Abelleira, en La Toja; Abelleiras, y Rego de Abelleiras, en Santa Comba, cerca de Finisterre; y el Río Abelleiras, en Orense, es un pequeño afluente del Miño. Paralelamente, en toda Galicia, son frecuentes apellidos con la misma base: Abella, Abellas, Abellán, Abelleiro, Abellón...

En Galicia abundan, asimismo, en la antroponimia (los nombres de las personas) apellidos del tipo Abella, Abellas, Abellán, Abellón, Abelleiro..., que recuerdan, asimismo, la actividad de aquellas familias (como en parte sigue ocurriendo hoy) en torno a la industria apícola de tradición familiar.

Como se dijo, en otras lenguas regionales las diferencias son de sonido y grafías: Abella, en el Pirineo catalán, sobre el río Ter, ya en el límite con Francia; El Río d'Abella, también en el Pirineo catalán desemboca en el Noguera Pallaresa; L'Abella, entre Plana de Vic y Granollers; El Pico l'Abella; Abella de la Conca y Sant Romà de Abella, en Lérida; Abellada, en Huesca... Ya en Francia, Achères, Achères-le-Marché, Acherie, Apché, Apcher, La Ruchère..., que atestiguan ese lenguaje sin fronteras de las abeyas sobre el suelo.

.....

Ya en castellano, destaca la cantidad de nombres del terreno que aluden a las abejas en la zona de La Rioja, frente a otras regiones, con fonética distinta a la asturiana, claro está: La Abeja, Abejas, Las Abejas, El Abejal, Abejera, La Abejera, La Bejera, La Abejería, Las Abejuelas, Peña la Abeja, Peña Beja, Los Abejares, Monte Abejera, La Bejera Quemada, Valejo la Abeja, Carrera de las Abejas... (como se puede suponer, carrera viene de carro, palabra que aparece registrada en el s. X (929), como `vía, lugar adecuado para los carros'; sería algo así como `el camino que atraviesa toda una zona de abejas').

La lista sin duda es más abierta: Abejar, en La Sierra de Cabrejas, junto a Soria; El Barranco del Abejar, en Zaragoza; Abejuela, en Valencia y en Murcia; El Cerro de las Abejas, en Cádiz; Abejera Grande, en Tenerife; Rambla de Abejuela, río que desemboca en el Turia, a su paso por Valencia. Sin duda habrá otros.

En definitiva, la interpretación de estos nombres que dejaron las abejas plantados entre las flores o las rocas no ofrece dificultad mayor a cualquier observador aficionado a las distinciones regionales de las lenguas. En algunos casos, no hay problemas: Pena Beyera, `peña de abejas, frecuentada por abejas...'; Sierra Bechosa, (primero, Sierra Abechosa) `sierra adecuada para las abejas'.

En otros, basta suponer al topónimo actual una palabra previa con la que formaba la expresión antigua para definir el terreno: Las Abejas = lugar + abejas; L'Abeyera = tierra, peña, zona + abeyera... Los sufijos de las palabras, ponen lo demás.

Y es que la lengua siempre corre paralela a las necesidades de cada pueblo en el valle o en las montañas. El interés por descubrir lugares de miel y de enjambres debía resultar imprescindible, en unos lugares más que en otros, por la serie de productos derivados que podía ofrecer a la precaria vida familiar y artesanal: alimento extraordinario, remedio medicinal, cera para las velas de la casa y de la iglesia..., antes del exquisito, el candil de aceite o los fluorescentes más cómodos... Hasta el mismo veneno de las abejas, tan dañino en unos casos, puede resultar remedio curativo imprescindible en otros.

REFRANES (G.E.A.):

Una serie de refranes más o menos arraigados entre los asturianos documentan también la familiaridad de las abejas en el entorno pasado. Las personas tenían sus costumbres por modelo para

ponerlas como ejemplo adecuado del que extraer la moraleja oportuna (otro aspecto de la sabiduría popular conservada). Son conocidos algunos:

- + "En abeyas y en oveyas, non metas lo que tengas".
- + "Añu de oveyes, añu de abeyes".
- + "La oveya y la abeya en abril entregan la pelleya".
- + "Salí d'ente abeyas y metíme ente aviésporas".
- + "A mediaos de febrero, l'abeya al salgueru y la oveya al regueru".
- + "En febrero corre más la abeya que el cabrero"
- + "El que tien un caxellu y miel non te da, non i des tu ná".
- + "Osu colmeneru non quier compañeru".

Sin duda hay muchos más, con sus versiones según las zonas. Y sin duda la mayoría, a su vez, son adaptación de otros mucho más allá de la cultura asturiana.

HERÁDICA: LOS ESCUDOS.

Algo semejante podría decirse de los escudos. Uno de los escudos asturianos relacionado con la familia Abello de Luarca hace referencia a las abeyas revoloteando en torno al truébanu, el árbol, el oso hormiguero... (GEA). También habrá otros símbolos en la heráldica que aludan a la miel y las abejas.

3. LA MIEL Y LAS ABEYAS EN EL TIEMPO.

Posiblemente hoy, a la mayoría de lenenses la miel sólo trae al recuerdo un producto típico más, al lado de otros. Los mayores en cambio, los apicultores, los vegetarianos, los ecologistas, la dietética y la alimentación equilibrada reciente (la hoy de moda trofología, trofoterapia, etc.) saben que esto no fue así tan sólo medio siglo atrás.

La mayoría de las muyeres asturianas de los pueblos recuerdan bien que la miel era componente importante en una serie de remedios caseros, a falta de otra medicina mejor. Es el caso los jarabes con yerbas (floritos) para la garganta, la tos y la gripe; los ungüentos para las heridas, las cataplasmas, la cucharada de miel en ayunas durante 9 días, los dolores de estómago (aunque a ciertas personas se los produzca), las enfermedades en los ojos de los animales... , y una larga lista más, que conocen bien los que se dedican a la interesante ciencia de la apiterapia

(curación por las abejas, ciertamente).

La lista de propiedades y creencias en torno a la miel se alargaría bastante en la medicina popular de la antigüedad a nuestros días (creencia hoy renovada en la dietética, la homeopatía y esas otras buenas costumbres que, una vez más, se han vuelto a actualizar).

En consecuencia con esa familiaridad y carácter imprescindible de los derivados de la miel, las abeyas tendrían que estar bien localizadas en el entorno de cada pueblo: dondequiera que se posaran para ensamar y hacer colmena, allí estaría pronto cada habitante del poblado para intentar compartir lo que las abejas le pusieran a su alcance.

Tampoco sería nada fácil sacar miel de las cuevas y troncos de los árboles, a veces en los lugares más peligrosos colgados de las paredes de las rocas. Por eso los nombres en torno a la miel y las abeyas están en cualquier región y lo mismo a la orilla del mar que sobre el valle del río o las rocas más escarpadas de los montes.

Por otra parte, conocida es, asimismo, la variedad de plantas, árboles y arbustos que sirven a las abeyas para fabricar los distintos tipos de miel: romero, tomillo, castaño, ocalito, oriégano, érgumas, gorbizos... La lista se alargaría también bastante. Por eso, también, los topónimos apícolas seguirán floreciendo entre las matas de romero, de castaño, de roble..., o al lado del oriégano, los gorbizos y las gorbizas..., mientras sigamos interesados en recoger los nombres junto a las especies con las que conviven en silencio.

Y esa es la otra razón por la que los nombres del terreno que proceden de la miel y las abeyas, según las regiones, lo mismo se dan al lado de un robledal, de unos campos cultivados o de unas pumaradas muy cuidadas..., que en medio de un fayotal, una carba de gorbizos, un castañeru, o en cualquier tambascal.

Y, por ello, los topónimos apícolas quedaron lo mismo en las cuidadas huertas riojanas, que en las carbas más escarpadas de Tar d'Abeyas, sobre los estrechos e intransitables pasos entre los sierros y derribaeros de La Pena Chago. La toponimia apícola es, en fin, rica y variada.

En definitiva, el lenguaje toponímico de las abejas se vuelve universal, como universal ha sido la referencia a la abeja, a la hora de buscar comparaciones para ejemplo de la conducta humana. Dice el poeta simbolista belga, Maurice Maeterlinck, un gran aficionado a la

naturaleza y a la apicultura:

"Las abejas sólo trabajan en la oscuridad,
el pensamiento sólo trabaja en el silencio,
y la virtud, en el secreto".

4. LA EVIDENCIA DE PEÑA MIEL:

Resulta de un gran valor documental el caso de Peña Miel, de Santa Eulalia de Morcín, que en realidad no necesitaría explicación mayor. Sabido es que Peña Miel designa hoy toda una zona entre las masas roquizas que limitan el cruce de la autopista de Mieres, con la desviación hacia las otras foces de Morcín, y hacia el resto del entorno rocoso.

El paraje es hoy casi desconocido para los viajeros de la llamada autopista, pues pasa desapercibido, oculto entre las masas calizas de las foces, y las antiguas canteras hoy en desuso también. Hasta hace pocos años, en cambio, la estación del FEVE, el carbón del río, aquella lancha para cruzar el cauce y las pequeñas industrias del entorno congregaban cada día a muchas personas que hoy recuerdan bien el nombre de Peña Miel.

El origen del topónimo era muy concreto para los habitantes de La Foz: justo detrás de la citada estación del Vasco, en la pared de roca que cuelga de la peña (la pared soleyana, no la avesiega, claro está) había (y hay) una cueva a la que se podía llegar mediante una escalera de madera, recordada por los más curiosos y aficionados a la miel y la aventura.

La recogida de miel la recordaba bien el último barquero (Lauriano) que por mucho tiempo se dedicó a pasar gente de los pueblos vecinos de una a la otra parte del río. Lauriano vivía en una de las muchas cuevas que salpican la peña, y en la época que consideraba oportuna subía la escalera y cogía una parte de la miel (noticia de otro entusiasta conocedor de las culturas del pasado: Ramiro, de guaje, subiendo y bajando aquellas peñas; hoy profesor en el Vital Aza de Pola de Lena).

Sería luego cuando la fuerza del nombre fue pasando de la cueva o cuevas que abundaban en miel, panales y cera, a toda la roca más apuntada que preside el valle; más tarde, se aplicó a la zona del río donde los lugareños aprovechaban el carbón que las aguas dejaban en

.....

los remansos de sus orillas; luego se extendió a las canteras para las carreteras, a la estación de ferrocarril... Y finalmente, se aplica al cruce de la llamada autopista con la desviación a los pueblos de La Foz.

Desde la cueva y desde la miel, hasta el firme del cemento y del asfalto, por tanto, sólo mediaron los tiempos para extender el nombre de Peña Miel, que primero también libaron las abejas, (quién sabe cuándo ya!, pero en todo caso en tiempos romanos como recuerda su forma latina.

Como se dijo más arriba, en principio, los derivados de la miel y la cera fueron en todas partes recurso antiguo en la alimentación y precaria farmacia familiar. Pero también los datos históricos documentan, desde siglos atrás, el importante comercio que suponía la recogida de la miel, aunque en muchos casos no se tradujera en dinero, sino únicamente en el cambio, el trueque, el pago de rentas, diezmos, tributos, etc.

Por ejemplo, Herodoto, historiador griego del s. -V (a. de C.) afirmaba que los escitas rusos, que habitaban entre el río Volga y los montes Urales, ya comerciaban con la miel y la cera⁹. Y tiempos más tarde (s. XI), otro historiador ruso, Néstor, confirma los datos al hablar del amplio desarrollo que había adquirido la apicultura en la economía rusa, que tenía la miel y la cera como principal producto de exportación¹⁰.

Es evidente que la llegada del azúcar, allá por el s. XIII, y más tarde la sacarina (s. XIX), hubo de suponer una novedosa revolución que relegó a la miel al consumo puramente rural. La comodidad del nuevo producto hubo de imponerse pronto, sin las peripecias que, sin duda, debían suponer, cada otoño y primavera, la recogida y limpieza de los truébanos y panales de la cera.

Como todo es cuestión de tiempo y gustos, hoy, de nuevo y paradójicamente, al lado de los productos más cómodos, vuelve la miel a estar de moda, aunque con una diferencia: ya no se corren entre las abejas y las colmenas los peligros, trabajos y gabelas de antaño. Y, a lo mejor, hasta tiene sus ventajas. Pero, en todo caso, en las ferias de apicultura, el aficionado sigue buscando el sabor a la roca, los truébanos,

⁹ N. Ioirish. Las abejas..., p. 12.

¹⁰ Ioirish, op. cit. p. 13.

los caxetsos, las calduyas o los arnos de antaño. Los feriantes, paralelamente, se preocupan también por ofrecer esos gustos y sabores de siempre.

LA MELERA Y PENA LA MIEL, EN ALLER.

Como en la zona las Foces, los alleranos tienen en el valle de Felechosa (en Cuevas, justo en la base de la subida a San Isidro) La Melera, El Valse la Melera y Pena la Miel:

- + La Melera: es toda la sierra que asciende desde el río en Cuevas hasta la Cotsá los Gatsos (los gallos, es decir, los urogallos, el faisán); forma un conjunto de 8-10 masas roquizas de caliza, que terminan en picos más altos y separadas entre sí por gavias más o menos profundas; tiene paredes de roca muy pendientes y cuevas de mal acceso, con algunas fayas en las oquedades y rellanos del conjunto. Es famosa por la cantidad de miel que recogían los vecinos del entorno de Felechosa.
- + El Valse la Melera: es el valle que se alarga bajo la peña desde el río a la citada Cotsá los Gatsos; separa La Melera de La Pena la Miel.
- + La Pena la Miel: es el picacho correlativo y paralelo a La Melera; una masa menos rocosa pero con toda la base cubierta de antiguas fayas, tradicional lugar de cavernas con abundantes enxames y setas de abejas.

Con la misma base, en Quirós, La Fuente las Meleras.

Como este otro lenguaje toponímico de las abejas tampoco tiene barreras regionales, resulta interesante comprobar que en Guadalajara está El Pico de la Miel, en castellano perfecto, claro está. En Algeciras, desemboca El Río de la Miel. En Sevilla los lugares de Solana de las Meleras y Sitio de las Meleras.

En La Rioja Peña Miel, Peña la Miel, Yasa Miel, Cuesta la Miel, La Miel, donde se usan paralelamente Melero, Melgosa, Melguizo....., como apellidos, con la misma base que los gallegos Mel, Melado, Melgarejo... Todos ellos con sufijos que marcan pequeñas diferencias en torno a la miel: 'abundante en miel, pequeño lugar de miel, adecuado para la miel...!'

En la zona allerana citada, todo el conjunto de Las Meleras, El Valse la Melera, y Pena la Miel está orientado al Este y al Sur, quedando la zona muy soleyera y resguardada del viento Norte. La prueba está en

.....

que hoy todavía los casietos se extienden en fila a la otra parte del río en el mismo valle.

Me contaban unas muyeres de Cuevas la historia artesana que ellas recordaban en torno a La Melera y La Pena la Miel, unos 40 años atrás. Las abeyas criaban en enxames que se iban asentando por tradición en las mismas fayas y en las mismas cuevas o gavias de la roca. Los vecinos del valle acudían a las fayas con calderos cada seronda a sacar su parte de miel. Cogían las setas (los rudimentarios panales) y los llevaban a casa. Si el enxame estaba en alguna gavia o coveyu, se ayudaban de cuerdas y escaleras para descender de lo alto o trepar la roca.

Las cantidades eran muy variadas, pero podían sacar de un enxame hasta 40 litros de miel. Con ellos tenían que racionar el año, pues también el arrendador aceptaba (o prefería) la renta con miel, al lado de los güevos y la mantega, la escanda, el lino...

En otras ocasiones, había que buscar truébanos nuevos para aumentar la cosecha o para bajar a los caxetsos en torno a los hórreos y corralás. También tenía su arte: la técnica más fácil era oler la miel ("se olía la miel"); pronto aparecería alguna abeja que, seguida en su vuelo, conducía directa al árbol, a la cueva y al enjambre.

Me contaba también José Manuel Fernández, lenense apicultor de siempre, que otra técnica (aprendida por él de los paisanos) para localizar un truíbanu montés consistía en ir soltando abeyas: tras acecharlas y sospechar la dirección, se cazaban algunas en las fuentes cuando iban a beber; se caminaba con aquellas pocas apresadas en el sentido sospechado, soltando alguna cada cierto tiempo; si seguían el vuelo hacia adelante, seguía el paisano también; cuando retrocedía la abeja, retrocedía con ella observando el nuevo rumbo... Poco a poco y con paciencia, aparecía la trayectoria y posición inequívoca del colmenar montés.

Recordaban, como decía, aquellas muyeres alleranas que, una vez junto al enxame, se colocaba un caxetsu preparado al efecto: se frotaba primero con la yerba abeyera, se tapaba con una sábana blanca, se tocaba una lata o una cencerra, se acompañaba con palabras dulces, melgueras..., y las abejas empezaban a desfilar por la base del caxetsu. Estos caxetsos eran de castañar, faya o rebutsu, y tenían por arriba un pequeño techo, que en el occidente asturiano llaman calduyas.

Una vez en el colmenal (el colmenar del poblado) se esperaba que las abejas fabricaran de nuevo la seta y la miel. Para vaciar el caxetsu, se cambiaban las abejas a otro, con la técnica de la sábana, o se mataban con las aguas del río. Y así cada otoño, los vecinos del valle volvían a recorrer los mismos senderos en torno a La Melera y La Pena la Miel, buscando con qué endulzar en lo posible el año.

5. LAS COLMENAS, MÁS ESCASAS.

Una ausencia relevante frente a otras regiones es la del campo de voces en torno a la palabra colmena. A cualquier joven y familia con jóvenes en edad de "mili" suena Colmenar Viejo junto al río Manzanares, a la entrada de Madrid; y tantos otros colmenares: Colmenar del Arroyo, entre Majadahonda y Navacarnero; Colmenar de Oreja, junto a Villa Conejos, allá por Aranjuez; Colmenarejo...; lugares de motivación evidente un tiempo atrás.

Recorriendo las carreteras (en ocasiones más bien secundarias) de las distintas regiones, observando un poco el terreno, o buscando otros datos sobre distintos parajes, uno puede encontrarse sin querer con lugares como: El Colmenar, en Málaga, Granada y Albacete; Colmenares, en Palencia y Almería; Colmenar de la Sierra, en Guadalajara; Colmenar de Montemayor, en Salamanca; Val de Colmenas de Abajo y Val de Colmenas de Arriba, en Cuenca; Colmenitas, en Badajoz; Valle del Colmenar, Cerro del Colmenar, Vereda del Colmenar y Cerca del Colmenar, en Sevilla; Colmenar de Arriba, en Las Palmas; Los Colmeneros, en Tenerife... Seguramente nos encontraríamos con muchos más, sin otras diferencias que que esos sufijos que matizan las colmenas: Colmenitas, Colmeneros...

A diferencia de esta relativa variedad regional, en Asturias sólo encontré hasta ahora algunos: Hay un Colmenal, en Aller. Tenemos en La Pola el conocido edificio de La Colmena, que, por reciente que sea, no deja de documentar una vez más la afición léxica de los lenenses (o de quien haya tenido la agudeza del nombre) a pensar en este otro lenguaje en torno a las abejas.

Hay un Colniechas en Riospaso, detrás del Penón de Abiaos y de La Penasca Val de Dios (hacia El Quempu Tuíza), pero también pudiera venir de colina (‘colinas pequeñas’), como el Colinas del Meicín, sobre el mismo Refugio de la Vega y El Chegu.

No obstante, recuerdan bien los paisanos de Riospaso y La Cruz, los peligros y gabelas que sufrían de guajes para trepar con cuerdas y colgarse del empinado morrillo del Penón de Abiaos, bajando como sobroso trofeo unas cuantas fardelás de miel y cera, y a lo peor con los ojos hinchados como globos a punto de explotar. De modo que las vecinas penascas de Colniechas, un poco más arriba, podrían ser también colmeniechas ('colmenas más pequeñas').

La Colmena es también un prau grande y cuestu en Tuíza Baxo. Y en Ibias está La Peña 'l Colmeiro, que con las variantes fónicas del occidente asturiano también pudiera ser un colmeneiro (teniendo en cuenta, que hacia las zonas gallegas, a la colmena llaman colmea, claro está).

Pero, parece que en Lena y en Asturias no abundan topónimos derivados de la voz colmena. Y la razón es evidente: en asturiano, a las colmenas se les llama arnos, truébanos, caxetos... En consecuencia, los nombres de lugar llevan estos otros nombres más arraigados en cada zona: Arnón, Arniecha, Truébano..., como luego se verá.

La palabra colmena como 'lugar de las abejas' es relativamente reciente: dice Corominas que no aparece registrada hasta el año 1174 en castellano y en portugués, de origen tal vez prerromano; colmenar y colmenero no aparecen hasta el año 1495; y colmenilla, hasta el siglo XIX. Al existir ya en Asturias nombres más antiguos para el mismo objeto, como son los arnos y los truébanos, los nombres del terreno ya estaban casi todos puestos en los lugares de la miel y las abejas. Por ello, no abundan los topónimos con esa base en las colmenas.

Ahora bien, la palabra colmena no deja de tener su antigüedad aunque no estuviese registrada antes en esas zonas. Para autores como el alemán Meyer Lübke, el español colmena, el portugués colmeia, el francés coumelle, comère y semejantes derivarían de columella, diminutivo de columna, es decir 'columna pequeña'¹¹, lo que podría ser adecuado al sentido y al referente.

La dificultad está en los cambios más forzados que hay que suponer desde la geminada lateral hasta la nasal, aunque las dos sean alveolares: desde colume-ll-a hasta colme-n-a, con la natural pérdida de pretónica (col(u)me...). Con ello, se entraría en las teorías más o menos abstractas, que no son objeto ahora.

¹¹ Meyer Lübke. Romanisches..., art. 2067.

En cambio, Corominas, como se apuntó más arriba, remonta la voz colmena a un posible origen prerromano, para lo que supone la palabra *kolmos, con el sentido de 'paja'; y da como prueba el leonés del Bierzo cuelmo, 'haz de paja de los cereales', con los que se techaban las casas pobres, los pajares y las cuadras¹²; a partir de ahí se formaría, ya entre los celtas, *colmena, con el sentido originario de 'pajiza, construcción hecha o, por lo menos, cubierta con paja'.

En todo caso, la palabra colmena no tendría arraigo mayor en zona asturiana, habida cuenta de la menor abundancia, condiciones y arraigo del uso de la paja para la construcción. Es evidente que las pallozas ('con techo de paja') tienen mucha tradición en zona la leonesa de Los Ancares y parte de Galicia.

Pero serían impensables techos de paja para soportar las nevadas más largas en los montes lenenses, alleranos, quirosanos... Habría que cambiarlos cada año. En las pallozas los cambian cada 8 ó 10. De modo que la voz colmena parece más reciente y menos arraigada en Asturias que truébanos y arnos. Por eso los topónimos tampoco abundan.

En esos otros lugares de habla castellana citados, no existe la palabra truébanu, truíbanu, y muy poco los arnos (que sólo encuentro en Cataluña y La Rioja). Por ello abundan, en cambio, los topónimos que derivan de las colmenas.

6. LOS ARNOS.

En el habla antigua de Lena, el arna era 'la corteza de cualquier árbol' (aunque, sobre todo, del roble, el rebuchu), con la que, una vez separada del tronco y seca, se formaba una colmena más o menos corta y redondeada. En Aller, a parte del caxetsu, a la colmena llaman también el ernu.

Hoy seguramente que las colmenas ya no se hacen así entre los lenenses, pero más al occidente, en algunos pueblos de Pesoz, Grandas de Salime o Taramundi..., los arnos o cortezas de sufreira (que allí dicen también alcornoque) eran todavía hace poco el material más frecuente para construir los truébanos que forman los abundantes cortinos de estas zonas tradicionales de miel.

Y fuera de Asturias, la palabra se usó para nombrar lo mismo: en

¹² Corominas, Diccionario..., pp. 137 ss., 269 ss.

Huesca, el arna es 'la colmena'; y arnal, 'el colmenar'¹³. La coincidencia no tiene por qué extrañar: basta pensar que la palabra Huesca tiene mucho que ver con Oscos y Los Oscos: San Martín de Oscos, Santa Eulalia de Oscos, Villanueva de Oscos... (con h o sin ella, lo mismo da). A su vez (Huesca y Los Oscos), según parece, todos ellos deben el nombre a los llamados colonizadores (sin duda, más bien invasores) de la zona de Osca en el centro de Italia. Pero esta interesante coincidencia alargaría mucho las cosas ahora.

Sirva la voz común a estas regiones tan distantes, el arna, el ernu, los arnos, los arnios..., para alargar mucho en el tiempo y las culturas nuestra hoy casi desapercibida palabra. En zona aragonesa, arna es también 'colmena'¹⁴, lo mismo que arnera; y arnal, 'el colmenar'¹⁵ lo mismo que arnero.

Y, por acortar la divagación, recordamos que Corominas cita en la isla de Córcega arna, con el mismo que en asturiano, es decir, 'colmena'; por lo que este autor supone la palabra ya en una lengua prerromana, que luego se fue extendiendo por las distintas lenguas y dialectos italianos, pirenaicos, españoles...¹⁶.

Como se puede observar, cada palabra, por insignificante y olvidada que parezca, puede tener una historia muy larga en el tiempo, y muy arraigada en otras lenguas y regiones más allá del asturiano y de Lena.

Por todo ello, el caso es que abundan en Asturias son los nombres que derivan de los arnos: el material de las colmenas. En el mismo concejo lenense, tenemos:

- + Arnón: pequeño poblado (hoy más bien despoblado), al lado de la autopista del Huerna, entre Piñera y La Cortina. El último apicultor (Máximo el de las abejas) es de todos conocido.
- + Arnos: es un altozano (un quentu) en Teyeo.
- + El Chinu los Arnos: un pequeño rellano (un mayáin) junto al anterior.

¹³ Ballarín Cornel, A. Vocabulario..., p. 141.

¹⁴ Baraibar y Zumárraga, F. Vocabulario..., p. 39.

¹⁵ Jerónimo Borao. Diccionario..., p. 166.

¹⁶ Corominas. Diccionario..., I, pp. 339 ss.

+ Arniecha: una finca de pradera sobre Bendueños, y otra bajo El Cochéu Armá, sobre Teyeo, también.

En otros concejos asturianos:

+ L'Arna: en Cangas del Narcea.

+ Arne, aldea muy pequeña en San Martín de Oscos, zona con una muy arraigada tradición en recogida de la miel.

+ Arnero, un caserío también pequeño en Cabranes.

+ El Arniu, monte de Cangas de Onís, en el Jou de los Cestos.

+ Arnizu: pequeño pueblo, pico y braña en Luarca.

+ Arnizo: caserío en Nembra y en Turón.

+ Arnicio: monte y río en Caso.

+ Arniella: caserío de La Peña (en Mieres), en Siero y en Colunga.

+ Arniello: en Mieres.

+ Arnelles: aldea y río en Coaña; y playa de Ortigueira.

En otras regiones como en Cataluña, algunos nombres parecen claros: El Racó de les Arnes, Les Arnes de Panxó, Les Arnes de Rogers, que tiene el paralelo léxico arna, como 'insecto', y como 'boca de las abejas'; arnot, caja de cañas con la que se protege el tronco de un árbol; y arn, 'aparato largo y redondeado para secar los higos'¹⁷. Arnela¹⁸, en Galicia, donde el arna también es 'la corteza del árbol'¹⁹.

Ahora bien, cabe una objeción: algunos topónimos con el mismo nombre (asturianos o no), pudieran venir de arena... (lugares del tipo Arneo, Arnada, Arnosa, Arnao, Arnela...). Es el riesgo de la homnimia entre los nombres de lugar. En todo caso, hoy resultaría difícil separar los homónimos en toponimia con la seguridad que se pudieran separar vino/vino, cabo/cabo, llama/llama... y otras palabras de la lengua común.

Fuera de la región asturiana, se ha de tener en cuenta la misma precaución: así, Alarcos Llorach interpreta los riojanos Arnedo,

¹⁷ Pompeu Fabra. Diccionari..., p. 146.

¹⁸ Comisión... Toponimia..., p. 28.

¹⁹ Lema Suárez y AA.VV. Diccionario Xerais..., p. 70.

.....
Arnedillo, como procedentes de arena ²⁰, y, por tanto, fuera de la base apícola. Los más dudosos ya no se citan aquí.

En algunos lugares comprobados del tipo Arniella, Arniecha... (con ese sufijo ambiguo), no parece posible la arena, al tratarse de una zona de hayas y terreno más bien lamizo o pantanoso (chamarguizo). No obstante, seguro que hay que descartar algunos otros para el campo de la arena y los terrenos areniscos.

7. LOS TRUÉBANOS.

Por ser palabra, aún más escasa, son más claros los topónimos con esta base. El truébano, el truíbanu, es la colmena que se hace con un tronco hueco, o vaciando el interior de un trozo de árbol grueso, normalmente de castaño, por ser más fácil de taladrar. Se cierra con una tabla por la parte superior y se coloca verticalmente sobre una chábana, o piedra lisa, orientando hacia lo más solejero el agujero de entrada de las abeyas.

Estos truébanos en Lena se suelen colocar cerca de las casas, más o menos aislados o en hileras. En otros concejos más occidentales se distribuyen en círculos por el monte (los típicos cortines), rodeados de un cerco de piedra como de un par de metros de altura para que no los destruyan los osos.

Y en relación con truébano está el trobo: en algunos concejos asturianos el trobo era también el tronco hueco que se usaba como vasija para lavar la ropa, al modo del boguéu en Lena (una forma de lavar la ropa colocando una sobre otra y echando agua y ceniza por encima).

En el concejo lenense tenemos:

+ El Truíbanu: finca bajo Bendueños, fuente en Arnón, y caserío en Zurea, sobre el mismo pueblo.

+ Trubiecu: finca de pradera en los Pontones.

En otros concejos asturianos:

+ Truébano: en Oviedo, por San Pedro de los Arcos; una aldea en Llanera, en Corvera, en Castrillón, en Tineo y en Soto del Barco.

+ La Fonte'l Truébano: en Las Regueras.

²⁰ Alarcos Llorach, E. Toponimia..., p. 96.

- + La Fuente'l Truóbanu: en Grao.
- + La Fuente los Trobanones: en San Adriano de Tuñón (junto a Grao).
Asociados estos 3 últimos por J.M. González²¹
- + Truébano: apellido también asturiano.
- + El Truébano: en San Claudio.
- + Truébanu, El Truébanu: en el centro y occidente asturiano también.
- + El Truébanu: en Sariego.
- + El Cordal de Trobaniecho: en Quirós.
- + El Trobo: en Castropol, semejante a O Trobo, ya en Lugo

Finalmente, fuera de Asturias, conocido es el lugar de Truébano en tierras de León: un pueblo al otro lado de Peña Ubiña, con miel de arraigada fama entre los asturianos todavía hoy. Trobajo del Camino, al lado de la misma capital de León. El río Trueba desemboca en El Ebro, en tierras de Burgos. Trobe, pueblo junto a Santiago de Compostela. El Trobal, en Cádiz, al lado del Guadalquivir. Trobika, junto a Bilbao.

Ahora bien, si el sentido y las referencias apícolas están aquí más claras, el origen de la voz parece esfumarse, a pesar de las teorías. Como se dijo, el truíbanu, en Lena es 'la colmena', hecha a partir de un tronco grueso, lo mismo que el truébanu del occidente asturiano. En tierras leonesas, ya en El Bierzo, además de 'colmena', un truébanu es 'una especie de recipiente alargado, hecho de un tronco hueco de árbol, que sirve para guardar productos aislados de la humedad'²². Como se observa, el origen del contenido es el mismo.

Por la escasez de palabras en este campo, y por la separación geográfica entre las pocas que se conservan, lo mismo en toponimia que en el léxico de la calle, habrá que refugiarse, una vez más, en el origen prerromano, bien, a través del ***throp** supuesto por Corominas, con el sentido de 'reunión, multitud, asamblea'²³, aplicado luego al enjambre de abejas, como verdadera multitud organizada; bien, a través de un **torus** latino, 'tronco, bulto', supuesto por J.M. González²⁴, que, a su vez, habría que remontar más atrás, para otros lugares como Torones,

²¹ J.M. González. Toponimia..., p. 177.

²² García Rey. Vocabulario..., p. 318.

²³ Corominas. Diccionario..., V, p. 653 ss.

²⁴ J.M. González. Toponimia..., p. 177 ss.

Turiel, Turón...

Para la ocasión de ahora (los lugares que se refieren a las abevas) importa menos el frágil hilo de las etimologías: se trata de lugares adecuados tradicionalmente para los cuidados, captación, cría o recría de enjambres en esas otras formas asturianas de las colmenas. Lo recuerdan todavía los habitantes mayores (y no tan mayores) de cada uno de esos lugares.

8. EN CONCLUSIÓN.

La toponimia de las abejas, como otros tantos nombres antes esparcidos por el suelo, hoy se van perdiendo de año en año. En consecuencia, el entorno ecológico se deteriora también en este punto. Y no es que aquí se pueda hablar de transformación. Creo que no. Aquellos nombres que hasta hace unas décadas eran conocidos por todos los hombres y mujeres de los pueblos simplemente se van perdiendo, también se van quedando solos al lado de las autopistas y los caminos, injustamente marginados y olvidados.

La razón del deterioro no difiere de aquellas otras por las que se pierden tantos otros nombres por los montes. La primera sería, claro está, la indiferencia, el olvido, y la falta de información: los nombres menores del suelo (los de las peñas, los regueros y los valles más pequeños, las tierras que se vuelven praos, los praos que se vuelven monte y los montes que se traducen en pistas todo-terreno) no se recogen suficientemente en asturiano, ni se colocan en los mapas para uso de caminantes, montañeros, turistas, automovilistas..., o simples curiosos de la cultura de siempre.

Con esta discriminatoria clasificación en nombres de 10 y de 20, y esta erosión también en las palabras y en la cultura del suelo, los humildes Truébanu, Truíbanu, Tar d'Abeyas, Arnón..., se van al olvido con la memoria agotada de los últimos ancianos que también van dejando los pueblos (algunos para siempre). Y con ello, el lenguaje toponímico empieza a informarnos menos de la vida de nuestros antepasados en cada pueblo: hace más difícil esa comunicación con nuestros entornos de antaño.

En segundo lugar, las distancias se reducen hoy con la moto todo-terreno, el Land-Rover o el último Suzuki. El usuario puede pasar sobre los distintos puntos de monte sin necesidad aparente de tener que saber el nombre de cada punto más pequeño del paisaje: aquella peña,

un mayéu, una oxa, un miriaíru, un penescu, una cueva o un coveyu... Llegamos al lugar, lo utilizamos o simplemente pasamos de largo, pero en realidad pocos necesitan saber cómo se llama o para qué servía, pues hoy, parece que no tiene función rentable.

Y es que podríamos olvidar una razón principal: el respeto (nuestra cuenta pendiente) a las miserias de nuestros antepasados por los montes, que hicieron posibles nuestros cómodos paseos hoy por las aceras y asfalto de la villa o la ciudad. La toponimia es en parte, por ello, el lenguaje de todas aquellas peripecias de niños, hombres y mujeres, en busca de la subsistencia más elemental. Por esto, hasta la misma miel (con un poco de cera para alumbrar), buscada y rebuscada con tantos trabajos entonces, sabría hasta más dulce que la más pura, y sin duda bien elaborada de ahora. Seguro que no se perdería ni una chinguatá.

Como decía, en fin, la lectura de los nombres del terreno, tiene un antiquísimo atractivo, simplemente ecológico: el respeto a ese otro documento verbal del pasado asturiano. Implica, por tanto, dos aspectos: descubrir por el nombre para qué sirvieron los lugares que nuestros antepasados bautizaron, y transmitir (o permitir que otros transmitan en el futuro) esa forma de ver, de sentir y de usar el suelo que tuvieron lenenses, quirosanos, cabraliegos, mierenses, naviegos, ovetenses, alleranos..., hasta el día de la fecha.

Con esas notas de ecología toponímica, concluimos estas palabras, que mejor podrán continuar todos aquellos que se dedican a las tareas (no sé si hoy dulces o no) de recoger la miel por los praos, montes y pueblos asturianos. Simplemente recogiendo de paso en una libreta los nombres del suelo que les sepan a miel, caxetsos truébanos y arnos, podrían contribuir en ese pequeño homenaje a las abeyas, que bien merecido se tienen: ellas escribieron primero una más o menos larga historia sobre el suelo, en su labor (sin duda, por mucho tiempo, imprescindible) de dulcificar un poco las muchas y, sin duda, amargas fames y gabelas de nuestros antepasados en el tiempo.

10. BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Alarcos Llorach, E. (1950). Toponimia riojana. Diputación de La Rioja.

Amenós Roca, A. (1957). Etimología dels pobles de la comarca d'Igualada. Igualada.

Ballarín Cornel, A. (1966). "Vocabulario de Benasque". A.F.A., XVI-XVII (pp. 127-211). Zaragoza.

-
- Baráibar y Zumárraga, F. (1903). Vocabulario de palabras usadas en Álava. Madrid.
- Borao, Jerónimo. (1908). Diccionario de voces aragonesas. Zaragoza.
- Catastro del Marqués de la Ensenada. Libro 366. Archivo General de Simancas.
- Comisión de toponimia da Xunta de Galicia. (1980). Santiago de Compostela.
- Concepción Suárez, J. (1990). "Toponimia de las abeyas entre los pueblos de Lena". I.D.E.A. Oviedo.
- Corominas, Joan y Pascual, J.A. (1980). Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico. Gredos. Madrid.
- García Rey, V. (1979). Vocabulario del Bierzo. León.
- González, J.M. (1949). Toponimia de una parroquia asturiana. IDEA. Oviedo.
- Ioirish, N. (1985). Las abejas, farmacéuticas aladas. Editorial Mir. Moscú.
- Lema Suárez, J.M0 y AA.VV. (1987, reimp.). Diccionario Xerais da Lingua. Edicións Xerais de Galicia. Vigo.
- Meyer Lübke, W. (1972). Romanisches Etymologisches Wörterbuch. Heidelberg.
- Pompeu Fabra. (1985, 200 ed.). Diccionari General de la Llengua Catalana. Edhasa. Barcelona.

Pola de Lena, 30-9-92.
Xulio Concepción Suárez